

EL MALESTAR EN LA POSMODERNIDAD

POR

EDUARDO PEREZ BARRIO

Y

CARLOS D. RODRIGUEZ

Trabajo correspondiente al requisito de investigación
según O.C.S. Nro. 143/89

Supervisor: Horacio Martinez
Cátedra: Modelos en Psicología
Facultad de Psicología
U.N.M.D.P.

Septiembre de 2000

N° CLASIFICACION:	ADQUISICION:
<i>T-109</i>	<i>domes</i>
	N° INVENTARIO
	11348

BIBLIOTECA DE PSICOLOGÍA
C. E. Ps.

- posmodernidad
- psicoanálisis
- psicología

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA
ESCUELA SUPERIOR DE PSICOLOGIA

PROYECTO DE INVESTIGACION – REQUISITO CURRICULAR

PLAN DE ESTUDIOS O.C.S. 586/85 - O.C.S. 143/89

NOMBRE Y APELLIDO: Eduardo Pérez Barrio / Carlos D. Rodríguez

MATRICULA Y AÑO: 2344/91 - 1134/88

CATEDRA O SEMINARIO DE RADICACION: Modelos en Psicopatología

SUPERVISOR: Horacio Martínez **CO – SUPERVISOR:** -----

CONSIGNAR SI EL PROYECTO FORMA PARTE DE UNO MAYOR EN

DESARROLLO: SI..... NO........

TITULO DEL PROYECTO: “El malestar en la Posmodernidad”

PALABRAS CLAVE (hasta cinco): Posmodernidad – Patologías – Psicoanálisis

DESCIPCION RESUMIDA (Antecedentes, Marco teórico, Finalidad, en no más de 120 palabras, escrito a máquina o P.C. y luego pegado):

A partir del supuesto de que los síntomas subjetivos que hacen a ciertas patologías tienen que ver con los rasgos predominantes en la cultura y la vida social de cada época, nos proponemos indagar cuáles son los rasgos que predominan en nuestra época llamada posmoderna y qué malestares provoca.

Para ello, basándonos en autores de inclinación psicoanalítica que reflexionan sobre esta temática (algunos de ellos desde su experiencia en la práctica clínica actual), expondremos sus pensamientos e intentaremos a partir de sus divergencias y convergencias arribar a una respuesta al problema que nos planteamos.

OBJETIVOS GENERALES Y PARTICULARES (Alcances de la investigación: exploratoria, descriptiva y/o explícita):

Investigación de alcance exploratoria

METODOS Y TECNICAS (Fuentes, procedimientos y análisis de datos):

Exploración bibliográfica

LUGAR DONDE REALIZARA EL TRABAJO:

Facultad de Psicología y Bibliotecas de la Ciudad

CRONOGRAMA DE ACTIVIDADES:

- Búsqueda bibliográfica
- Recopilación y análisis de los datos recogidos
- Consulta con el supervisor
- Elaboración escrita

BIBLIOGRAFIA BASICA DE REFERENCIA:

- "De un horizonte incierto". E. Galende. Ed. Paidós, Bs. As., 1997.
- "El malestar en la cultura". S. Freud. Obras Completas. T. XXI. Amorrortu.
- "La era del vacío". G. Lipovetsky.
- "Entre dos siglos, una lectura psicoanalítica de la posmodernidad". M. Rojas, S. Sternbach.

Firma Supervisor

Firma Cosupervisor

Firma del alumno

LEONARDO EUGENIO SELZER
SECRETARIO DE INVESTIGACION Y POSTGRADO
FACULTAD DE PSICOLOGIA

Comité de Investigación

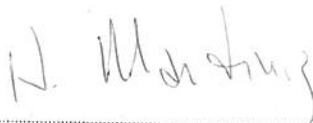
14/09/00

Trabajo aprobado por:

Supervisor: Lic. Horacio Martínez



.....
Firma



.....
Aclaración

Fecha:

14/9/00

Trabajo aprobado por:

Comité de Investigación

.....
Firma

.....
Aclaración

Fecha:

Esta monografía es propiedad de los alumnos Eduardo Pérez Barrio y Carlos D. Rodríguez de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata y no puede ser publicado en todo o en parte, o resumirse, sin un consentimiento escrito de los autores.

I. INTRODUCCION

¿De qué se habla cuando se habla de posmodernidad? Podría comenzarse contraponiéndola con lo que implica la modernidad, donde hay una noción de sujeto universal, una idea progresista de la historia y grandes discursos que intentan dar cuenta de la "verdad".

El discurso de la modernidad apostaba al progreso como forma racional de avanzar hacia la verdad y el desarrollo social.

Se ha producido un cambio radical en la concepción humanística de la ciencia, a partir de un conjunto de desencadenantes entre los que se destacan las geometrías no euclidianas, la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica, el desarrollo de las ciencias sociales, la eclosión de la informática, la incorporación de la biogenética y las aplicaciones tecnológicas en general, que dieron como resultado una nueva etapa de la humanidad llamada Posmodernidad.

El discurso de la posmodernidad sostiene verdades relativas a partir de consensos parciales, implica la caída de los grandes discursos e ideologías, quedando en el centro de la escena el pragmatismo.

La idea de sujeto comprometido y solidario dio paso a un individualismo hedonista.

Para el psicoanálisis el proceso de individualización psíquica consiste en un pasaje desde ciertos universales de especie (invariantes funcionales) y de cultura (invariantes culturales) mediatizadas por las formas de crianza hasta la singularización en que estos elementos de la historia son apropiados por parte del individuo.

Nuestro objetivo es caracterizar la posmodernidad y ver como sus rasgos culturales afectan a la salud mental de los individuos al apropiarse de ellos.

II. DESARROLLO

SIGMUND FREUD¹ sostiene que la finalidad del ser humano es conseguir la felicidad y mantenerla; tal aspiración tiene dos propósitos, por una parte la ausencia de dolor y displacer (meta negativa), por la otra vivencias intensas, sentimientos de placer (meta positiva), esto último es un fenómeno episódico ya que nuestra constitución limita nuestras posibilidades de dicha.

En cambio el dolor y el displacer es mas frecuente, ya que el sufrimiento amenaza desde tres lados: el propio cuerpo, el mundo exterior, y desde los vínculos con los otros seres humanos, siendo éste último el más doloroso. Frente las posibilidades de sufrimiento los seres humanos suelen tomar diferentes caminos, algunos se abocan a la satisfacción irrestricta de todas las necesidades, otros se mantienen alejados de los demás seres humanos, otros someten su naturaleza a la voluntad del hombre, otros influyen sobre su organismo mediante sustancias, otros recurren a la sublimación de las pulsiones, otros rompen vínculos con la realidad (psicosis), y otros se inclinan a llevar una vida orientada por el amor.

Freud expresa que la creencia de que seríamos mucho más felices si resignáramos la cultura y volviéramos a encontrarnos en condiciones primitivas es un engaño, porque todo aquello con lo cual intentamos protegernos de la amenaza que acecha desde las fuentes del sufrimiento, pertenece justamente a la cultura.

La palabra cultura se refiere a toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres.

La regulación de los vínculos sociales es un rasgo fundamental, el paso decisivo tiene que ver con la sustitución del poder del individuo por el de la comunidad. Los individuos se limitan en sus posibilidades de satisfacción para ser miembros de una comunidad, el poder de la comunidad se opone como “derecho” al poder individual que aparece como “ fuerza bruta”.

¹ Freud, Sigmund. “El malestar en la cultura”. Obras completas, tomo XXI. Amorrortu

Gran parte de la lucha de la humanidad gira en torno del objetivo de hallar un equilibrio que otorgue felicidad, entre las demandas individuales y las exigencias culturales. La pregunta que surge es si ese equilibrio es posible o si el conflicto resulta insalvable.

La sublimación de las pulsiones posibilita las actividades psíquicas superiores (Científicas, artísticas, etc.) pero implica también una renuncia a la satisfacción de poderosas pulsiones. Esta denegación cultural gobierna el ámbito de los vínculos sociales entre los hombres, y ella es la causa de la hostilidad contra la que deben luchar todas las culturas. La cultura intenta poner límites a las pulsiones agresivas de los seres humanos.

La cultura impone sacrificios, no sólo a la sexualidad sino también a la inclinación agresiva del ser humano, por lo que difícilmente éste se sienta dichoso en ella.

La cultura se apoya en la pulsión de vida, que busca vivir, integrar mediante lazos vividinales, pero la pulsión de muerte expresada en la hostilidad del ser humano también está presente. La cultura debilita este aspecto mediante una instancia situada en el interior del individuo: la conciencia moral.

En el marco cultural, el desarrollo del individuo aparece como un producto de la interdependencia entre dos aspiraciones, el afán por alcanzar la dicha (fin egoísta) y el de reunirse con los demás en la comunidad (fin altruista). Las dos aspiraciones tienen que luchar entre sí en cada individuo, el proceso individual y el cultural entablan hostilidades recíprocas y se disputan terreno.

La analogía entre el proceso cultural y el individual puede ampliarse ya que la comunidad plasma un superyo, bajo cuyo influjo se conserva el desarrollo de la cultura.

La cuestión que se le plantea a la especie humana es si su desarrollo cultural logrará dominar los aspectos agresivos ligados a la pulsión de muerte, ya que con el dominio de las fuerzas naturales alcanzado por el hombre resultaría posible un exterminio mutuo.

Según EMILIANO GALENDE² “una de las características más sobresalientes de los pacientes con patologías psíquicas nuevas, la constituye la constatación en ellos de una relación estrecha entre los rasgos subjetivos que presentan con las manifestaciones dominantes de la cultura y la vida social actual, lo cual hace que estas personas puedan ser percibidas como verdaderos paradigmas de lo social”³.

Por lo tanto se torna imprescindible elevar la mirada desde la microscopía clínica, que necesariamente hay que seguir sosteniendo, hacia la comprensión de aspectos que tienen que ver con la cultura y la vida social actual, pues allí es posible clarificar el sentido de las grandes transformaciones en la producción de la subjetividad. Se trata no simplemente de establecer la relación de los pacientes, con la cultura, sino la manera como la cultura impregna la propia subjetividad de los terapeutas en tanto sujetos de la misma cultura. Por ello es fundamental tener una mirada crítica hacia ella. En la actualidad asistimos al surgimiento de rasgos nuevos en los comportamientos de la cultura, nuevas modalidades en los vínculos humanos, el cuestionamiento del lazo social como lo conocíamos hasta aquí a través de otras formas de sociabilidad, la reformulación del estado que produjo una profunda modificación en la organización de lo público y de lo privado, es así como esta nueva situación constituye el centro de una transformación en el acampo de la salud mental ya que tales cambios atraviesan la cultura e impactan encarnándose en la subjetividad, modifican aspectos básicos de la individualidad y se manifiestan en las conductas concretas de los sujetos.

En este contexto han surgido nuevas problemáticas mentales que plantean dificultades para el abordaje terapéutico, según Galende “estas personas presentan dificultades con la representación de palabra en general, mostrando un pensamiento operatorio que es índice de sus dificultades para la reflexión”⁴, en estas personas toda la vida psíquica está dominada por conflictos actuales con la realidad, lo cual empobrece sus capacidades naturalmente al no poder asociar sus relaciones con el pasado, están congelados en un presente vivencial, no pueden formar sus relaciones con la historia. En la clínica evidencian una dificultad para la transferencia, que se extiende a los vínculos

² Galende, Emiliano. De un horizonte incierto. Ed, Paidós, Bs As, 1997

³ Ibidem, p 18

⁴ Ibidem, p 22

cotidianos con los otros. Tienen una tendencia al pasaje al acto, correlativa a las dificultades para un pensamiento reflexivo, esto los conduce a requerir del otro compulsivamente, buscan respuestas prácticas e inmediatas, son pragmáticos y operatorios, superficiales, toman la vida banalmente. Es por estos rasgos subjetivos que la función de la palabra en la cura se ve condicionada.

Aquí la gran pregunta es ¿en qué medida las nuevas patologías que se observan forman parte de los cambios culturales y constituyen simultáneamente síntomas de una adaptación a las nuevas condiciones?

Se trata de pensar en una relación compleja, donde los cambios en el estado y la reformulación de lo público, los nuevos rasgos culturales y sociales, la subjetividad y su patología, conforman un trípode sobre el que se apoya actualmente toda la problemática del campo de la salud mental. Sólo la comprensión global de sus interacciones permitirá avanzar hacia una mayor racionalidad en tal campo.

Hay que tener presente que el objeto de la salud mental no es exclusivamente el individuo o los conjuntos sociales, sino las relaciones que posibilitan ir un paso más allá, pensar conjuntamente al individuo y su comunidad. Esta forma de abordar los problemas de la salud mental ha generado tensión en las instituciones dedicadas al sostenimiento de estas relaciones, el malestar se expresa en el estado, la justicia, la salud, y especialmente en el sector salud mental.

El centro del malestar es la relación de los individuos con el desenvolvimiento de lo social, y se repasa por todos los niveles de la vida institucional. Al respecto Galende sostiene “debemos estar atentos a esta nueva situación, ya que no se trata solamente de un malestar que ha transformado casi todas las cuestiones de lo político, sino también de una tensión subjetiva que afecta la vida emocional, el pensamiento, el cuerpo y la capacidad de acción de los individuos”.²

Diversas circunstancias han llevado a esta situación y a este malestar, puede incluirse las reformulaciones del estado y la redefinición de lo público, la globalización económica, los cambios en la cultura por la hegemonía del modelo de vida urbana; una mirada integral sobre el conjunto de la cultura actual permite evidenciar como estas

cuestiones están en la base de esta situación crítica de las relaciones concretas entre el individuo y lo social.

En este marco los saberes tradicionales están en crisis, las grandes ideologías del siglo XX han sido desplazadas hacia teorías dominadas por un extremo subjetivismo que en el orden de la legitimación aparecen como un refloreamiento de las autonomías individuales.

En el devenir de la existencia de cada sujeto están presentes los cambios y reformulaciones antes citadas, se evidencia, se torna observable que cada individuo se ve sometido a fuerzas que deciden sobre aspectos esenciales y concretos de su vida, su trabajo, ingreso económico, cultura, medio ambiente, residencia, etc., a la vez que es impulsado permanentemente al ejercicio de la libertad, afirmación personal y competencia con los demás, también debe ser responsable de los fracasos, riesgos e impedimentos que encuentra en el camino de la realización personal, en término de la autonomía y condiciones deseadas de vida.

Esta situación da cuenta cabalmente del tono crítico que en la actualidad han tomado las relaciones entre las cuestiones globales y las situaciones locales, es decir entre el individuo y las formas de lo social, de cómo los dislocamientos de lo social modifican rápidamente la producción de subjetividad, exponiendo al sujeto de un modo mayor al fracaso personal y sufrimiento mental.

Las nuevas demandas en salud mental provienen en parte de individuos sometidos a una fuerte exclusión social. La exclusión social es compleja, difiere de la marginalidad, afecta a individuos aún de clases sociales que se consideraban acomodadas y no se remite territorialmente a las villas con exclusividad, "los excluidos portan su dramática en el seno de la vida urbana, transitan los mismos espacios que los demás ciudadanos, pero en su interior ya no sostienen ni sentimientos ciudadanos, ni derechos a los intercambios económicos, sociales y simbólicos"⁶ según sostiene Galende. Los excluidos son individuos para los cuales no existen los sistemas de

⁵ "De un horizonte ..." Ob. Cit. P31

⁶ "De un horizonte ..." Ob. Cit. P34

reconocimiento social ni la condición de ciudadano, ya que habitan un espacio anónimo, un vacío social.

La exclusión social de los individuos se ve favorecida por las nuevas características que fueron tomando las interacciones sociales actuales, donde todos son anónimos, donde se reemplaza la interacción individual por los sistemas electrónicos, cajeros automáticos, expendedoras, tarjetas, etc.

Esta forma de funcionamiento del espacio social, teniendo en cuenta que la individualidad no puede sostenerse sino basada en la alteridad, es decir en la interacción real con otros, conduce a que pérdida de reconocimiento del otro termina siendo una pérdida de reconocimiento del propio yo.

Los rasgos mismos de la individualidad han sido modificados en la actualidad, el desarrollo del individualismo como valor social y la polarización de la vida entre ámbitos públicos y privados, acompañados por el auge de la valoración del consumo de objetos, fueron llevando a que lo público perdiera fuertemente los rasgos de la solidaridad y la cooperación, del disfrute del valor de reconocimiento y la mirada de los otros, para ser vivenciado como el lugar de la masa indiferenciada, privada de los rasgos del consumo y el éxito personal. Se observa un creciente desinterés por las transformaciones colectivas, la solidaridad y la cooperación se han desligado de los intereses individuales, el individuo se siente ajeno a las transformaciones reales y profundas que están ocurriendo en el mundo, en la sociedad.

El individuo actual ha perdido a la privacidad como valor, muestra públicamente sus rasgos narcisistas, se muestra insolidario, débil, extravagante, a veces perverso, inclusive cuenta con la aprobación de otros individuos que dan a esas actitudes cierto valor.

Respecto a la oposición clásica entre individuo y sociedad, Freud mostró la falsedad, según él la individualidad y el lazo social se constituyen mutuamente. La oposición entre dos modalidades del lazo social y el funcionamiento individual: "aquella de una individuación lograda en la integración del lazo social y la aprobación de la cultura en la subjetividad singular (actos psíquicos sociales) versus la exacerbación

narcisista de la diferencia, con fallas por lazo social y pérdida de la autonomía individual por una pasión desmedida por el propio yo (actos psíquicos narcisistas)".⁷ Esta tesis se confirma en la realidad cuando observamos este retiro narcisista sobre el propio yo, el aislamiento de los individuos, la pérdida de las formas clásicas de sociabilidad, el despliegue de modelos de sensibilidad masivos transmitidos por los medios de comunicación. La dimensión de lo personal tan potenciada en la actualidad, no parece haber conducido a un mayor desarrollo de la individualidad y la autonomía; por el contrario, esta potenciación cursa con individuos masificados, dificultados en el desarrollo de la identidad y con un radio de acción delimitado por los poderes globales.

El individuo actual no puede mantener diferenciación con lo social, ya que su manifestación lo confunde y aliena con el entorno, ya no articula su espacio interior y lo que está fuera de sí, la puerta que establece una frontera entre el hombre y su entorno, ya no tiene libertad para abrirla o cerrarla, entonces sufre un aislamiento que lo sitúa en relación con una pared divisoria: impedido o indiferente de actuar sobre lo social, se vuelca a una acción creciente sobre sí mismo.

No existe una subjetividad que pueda aislarse de la cultura y la vida social, ni tampoco existe una cultura que pueda aislarse de la subjetividad que la sostiene. Esta mutua determinación o producción, muestra que la subjetividad es cultura singularizada tanto como la cultura es subjetividad (objetivada en los productos de la cultura, las formas de intercambio y las relaciones sociales concretas que la sostienen, pero también en las significaciones y los sentidos que organizan la producción cultural).

Otra de las características del individuo actual es la indiferencia, en el sentido de desinterés por el otro y como indiferenciación. La indiferencia es señal de una negativa a comprometerse en cualquier relación afectiva, no se trata de la indiferencia histórica, esta indiferencia cursa a veces acompañada por una preocupación hipocondríaca difusa, reconocible en los modos como estas personas cuidan de sus cuerpos, ante fracasos de pareja no muestran ni pasión ni rencor, expresan un vacío afectivo. El narcisismo de estas personas se expresa en un puro aislamiento, en un empobrecimiento de su vida afectiva y sexual, según Galende "son individuos en los que la articulación entre ternura, el amor y la sexualidad se ausenta o se encuentra empobrecida, sin que por ello

⁷ De un horizonte ... Ob Cit p68

se suprime la relación con el otro. Suelen tener vínculos amorosos discontinuos, amistades que involucran esporádicamente sexo, y frecuentemente relaciones con personas del otro sexo con quienes el vínculo parece agotarse en cada satisfacción sexual”.⁸ EN la cultura actual esta forma de vínculo se ven favorecidas por el climaje entre sexualidad y amor, lo que permite a estas personas una satisfacción cercana a la fantasmaticación perversa; con cada partenaire refleja sus disociaciones, es un yo sin culpa ni conflicto, y curiosamente la relación con la realidad no suele estar perturbada, conserva el proceso racional preconiente y el dominio de la alteridad.

Estos vínculos actuales poseen ciertas características de las defensas perversas, que no actúan sobre el deseo como la represión sino rehusándose el yo a reconocer la realidad de una percepción, por sus sentidos traumáticos o displacenteros. Este mecanismo, la renegación se manifiesta en la percepción de la diferencia de los sexos, y el rechazo de la castración actúa como modelo del rechazo de otras realidades.

De alguna manera la renegación interviene siempre en la relación amorosa para permitir al yo la idealización del objeto, que responde a un principio de identidad y renegación de la diferencia.

En la cultura actual, y promovido por los medios de comunicación masiva, existe una tendencia a la utilización de este mecanismo de defensa, la realidad mostrada y ocultada en un mismo tiempo tiene el sello de la renegación, que finalmente estetiza la realidad que observamos o vivimos, es posible observar al mismo tiempo modelos en ropa interior y niños desnutridos en el África. La realidad es embellecida al mismo tiempo que las imágenes la disocian y fragmentan.

Otro fenómeno de estos tiempos lo constituye el hecho de que para soportar ciertos malestares de la vida social, hombres y mujeres recurren a nuevas drogas (tranquilizantes, ansiolíticos, hipnóticos, etc.), pero efectúan tal consumo bajo la presión y el requerimiento imperioso de la integración social y el mantenimiento de las relaciones con sus jefes, compañeros, maridos, etc., se tratan de verdaderas drogas para la vida social justamente en una sociedad cuya integración y mantenimiento de las relaciones se han tornado altamente competitivas y amenazantes. Los modelos sociales dominantes, empresarios, modelos, deportistas, artistas, muestran que frecuentemente

⁸ De un horizonte...Ob. cit. p 88

recurren a las drogas, permitidas y no permitidas, para sostenerse en el lugar de triunfadores sociales.

Hubo un cambio evidente en la relación con las drogas, un desplazamiento por uso como forma de evasión al uso como con el fin de integrarse a la sociedad. La medicalización de la vida tuvo como efecto el ocultamiento de diversos malestares sociales que de esta manera son asumidos por los individuos como de su esfera personal.

Otras de las exigencias culturales es la de "estar en forma"; lo cual implica ciertos sacrificios que serán recompensados con la inserción social de quien los haga. En ciertas ocasiones esto implica recurrir al cirujano para la renegación de la realidad de sus cuerpos, lo importante es permanecer en forma y cumplir con la exigencia cultural. Tal exigencia ha impactado provocando un cierto estallido de las identidades personales, las nuevas identidades se apoyan en rasgos banales de la cultura como el éxito personal, la capacidad de consumo, etc., se constituye más en relación con los imaginarios que promueven la televisión el cine y las revistas que con las experiencias interpersonales con los conjuntos sociales.

Las nuevas identidades son frágiles, efímeras, su característica es la fragmentación, son identidades posmodernas que reniegan de la pérdida y del apego, se referencian en objetos de consumo, en su posesión y renovación constante, lo cual produce una ilusión de identidad ya que estas posesiones sólo pueden recubrir al yo de una débil máscara, joyas, ropas etc., al perderse no dejan nada al individuo, sólo lo devuelven a un vacío que debe llenar nuevamente ya que este yo sólo tiene la experiencia de estar provisto o desprovisto, sin duelo ni identificación.

Según Galende, el vacío en la subjetividad actual tiene que ver con el debilitamiento de la función de la familia, especialmente la función paterna, lugar que es ocupado por instituciones más mediáticas que predominan generando ideales identificatorios, es por eso que lo social ha cobrado mayor relevancia en la producción de subjetividad.

Las nuevas demandas en salud mental reflejan una serie de caracteres subjetivos, la pasivización de los individuos en la "sociedad del espectáculo" en la que éste es el "espectador", produce una subjetividad volcada hacia sí mismo y lleva a formas de aislamiento.

La saturación del yo, favorecida por la pasivización, en la cual el individuo está sometido a una sobreabundancia de información, consumo, etc., que generan la sensación subjetiva de un "lleno" que busca el aplastamiento del deseo por su saturación.

La maquinización de los vínculos con el otro a través de la operacionalización utilitaria de las relaciones sociales, y hasta el reemplazo paulatino por diversos objetos para el goce, fetiche, etc., que a manera perversa no implican sentimientos de transgresión y culpa.

La superficialidad de los afectos, hay desapasionamiento y ausencia de compromiso emocional, lo cual es congruente con el manejo utilitario de las relaciones con los demás, predominan las relaciones intensas pero fugaces. Estos rasgos se los consideraba exclusivos a las psicopatías y las personalidades esquizoides.

La sensibilidad impostada, que no proviene de experiencias emocionales con los otros sino de los modelos de sensibilidad impuestos por los modelos masivos de comunicación; el individuo "contempla", empobreciendo su vida emocional.

La compulsión a hacer, ligada al ritmo que marcan los tiempos sociales, presenta características de ansiedad compulsiva para la cual el individuo necesita de una actividad constante y planificada. Este carácter subjetivo tiende a lograr una vivencia de "lleno" frente a la sensación de vacío.

El dominio de valor de cambio sobre el valor de uso, en los objetos cotidianos del consumo y en el trato con las demás personas. Se sobrevalora "lo nuevo", la renovación permanente impregna las relaciones afectivas haciendo del otro un objeto reemplazable, sin duelo.

La irrealidad por el dominio de la imagen, la virtualidad de la imagen induce en el individuo significaciones que muchas veces no tienen referentes en la realidad. Todo es posible en la realidad virtual de una pantalla.

Un rasgo subjetivo muy relacionado con la existencia y manifestación de patologías es la abolición, por la vía de la renegación, de todo aquello que indique la condición trágica del hombre. Según Galende, "Freud no vaciló en ahondar en la condición trágica del hombre, y basó la propuesta de la cura psicoanalítica en la asunción plena de esta condición irresoluble".⁹ Actualmente surgen nuevos rasgos culturales que pretenden borrar tal condición trágica proponiendo la ilusión de que "todo está bien", pero por otro lado han incrementado la inseguridad en la existencia.

En la subjetividad esto se traduce en un ignorar todo lo negativo para sostener una positividad artificial, generando un afán de embellecimiento de la realidad y de sí mismo. Los individuos, renegando de la impotencia que los invade se vuelcan hacia un hacer sobre sí mismos.

Esta subjetividad empobrece sus aspectos, debilita la alteridad por el aislamiento y la sustitución del otro por las máquinas. Más espectador que protagonista, la realidad de los otros, la realidad social y lo real de la violencia, se imponen a su experiencia confundidos con lo virtual. Estos rasgos subjetivos dependen de las respuestas personales a los caracteres de la actual cultura, expresan una adaptación a los requerimientos de la vida social actual y son resultado del acoplamiento del individuo a los símbolos dominantes de su cultura.

Según Galende "no podemos comprenderlos solamente como modalidades patológicas de aislamiento, rasgos esquizoides de carácter, conductas fóbicas o manifestaciones. Es necesario poner entre paréntesis algunas categorías psicopatológicas para poder comprender la producción de estos rasgos subjetivos desde las dominancias culturales"¹⁰. Las nuevas demandas expresan en su sintomatología muchos de los nuevos rasgos culturales, los neuróticos de siempre plantean ahora sus dificultades para enamorarse verdaderamente, sus infortunios en la vida de pareja, la

⁹ De un horizonte...Ob. cit. p 252

¹⁰ De un horizonte...Ob. cit. p 261 y p 262

insatisfacción que sienten por sus vidas actuales, sus proyectos e ilusiones frustradas en el trabajo, manifiestan conflictos intensos con la realidad en que viven, acompañados de sentimientos de depresión, de vacío y ansiedad, además suelen estar disconformes con el cuerpo que habitan por lo que se obsesionan con los cuidados que éste les requiere, y simultáneamente lo intoxican con medicamentos y alcohol, lo que constituye una muestra de tendencias adictivas, cuando no padecen de algún trastorno que revele su vulnerabilidad psicosomática.

Contrariamente a la postura positivista sostenida por la psiquiatría clásica, que considera la enfermedad desde una visión ahistórica, generando la ilusión de que las enfermedades mentales eran preexistentes a su conocimiento, el psicoanálisis considera que los sufrimientos mentales son siempre relativos a las cuestiones del ser y la existencia, a las dimensiones histórico-culturales de la subjetividad; en todos sus desarrollos el psicoanálisis ha mantenido ciertos criterios para el abordaje de la subjetividad en las coordenadas de la época y la cultura.

Los rasgos clínicos de las nuevas demandas hacen pensar que a los síntomas de las neurosis clásicas se han agregado nuevas modalidades sintomáticas. Éstas suelen estar más ligadas al cuerpo y a la imagen de sí: se trata de adicciones (conductas adictivas amplias), de formas de anorexia y bulimia en las que los cuidados del cuerpo y la vida se someten a modelos estéticos que niegan las necesidades biológicas, de somatizaciones de diverso tipo en las que no circula representación alguna y sin sostén en la fantasía, de manifestaciones ansiosas sin depresión manifiesta, de sentimientos de vacío e indiferencia en el plano de los afectos que los conducen al aislamiento, de relaciones fetichistas con muchos objetos favorecidas por las sofisticadas publicidades actuales. Según Galende, “esto debe orientarnos hacia una dominancia de la negación freudiana en la constitución de la realidad para estos sujetos. De los estos funcionamiento mentales no es dable descubrir la fantasía que los sostiene sino solamente diversas racionalizaciones que no admiten interpretación”.¹¹

En muchos de estos nuevos síntomas (adicciones, trastornos psicosomáticos, conductas perversas, anorexias, etc.) parece insinuarse la fuerza de la repetición compulsiva, como un goce que hace fracasar a la palabra, por lo cual la labor analítica

con las representaciones de palabra está impedida, así como la ligazón con el analista (transferencia).

El funcionamiento narcisista de estas personas se desprende del investimento libidinal al otro, como una expresión de la fuerza de desligamiento de la pulsión de muerte y cuya consecuencia es la tendencia compulsiva a deshacer el lazo social con los demás. La pulsión de muerte (sus rasgos) puede observarse también en la tendencia que estas personas tienen a la fijeza de sus actos, a la ritualización de sus conductas, a ciertas formas de automatismo en su pensamiento, a un permanente retorno de lo mismo.

Respecto a las enfermedades psicosomáticas, puede afirmarse que en las condiciones de vida social actual y en ciertos valores nuevos, se han generado condiciones para un funcionamiento subjetivo que incrementa la perturbación de la relación de los sujetos con el cuerpo y su representación, produciéndose un mayor riesgo de enfermedades psicosomáticas. Las condiciones de vida se caracterizan por la "sobreadaptación", es decir una adaptación a los ritmos y exigencias de la realidad laboral y social sin resistencia, protesta o reflexión alguna, una adaptación acrítica y pasiva de la realidad.

En relación a las patologías alimentarias, la omnipotencia cultural actual sobre la capacidad de dominio sobre el cuerpo, el envejecimiento y la muerte, reflejan una ilusión que también hoy es perseguida por el lado de los alimentos que regulan el metabolismo corporal, cuestión en la que están presentes fuertes intereses empresariales del consumo que, aprovechando esta subjetividad de moda, potencian el ideal de una vida sana y un cuerpo en forma. Mediante la publicidad. Nunca como en este tiempo se ha mostrado cuánto pueden pervertirse los instintos de autoconservación, muchos individuos someten a sus cuerpos a prácticas mortificantes, como la bulimia y la anorexia que más allá de la condición perversa o neurótica previa que puede condicionar, están fuertemente relacionados con los modelos sociales en vigencia, muchas mujeres se identifican con los modelos y realizan cualquier sacrificio para alcanzar el ideal. Entre los rasgos típicos de la bulimia y anorexia esta cierta megalomanía, que le permiten renegar de los llamados de la necesidad, del hambre.

¹¹ De un horizonte...Ob. cit. p 272 y p 273

Respecto a la depresión Galende sostiene que “ un rasgo común a todas las formas de depresión actual es la dominancia de formas de renegación de la realidad. Renegación de aspectos de la realidad social que vive el individuo, renegación del cuerpo y sus funcionamientos biológicos, renegación de la diferencia de sexos...”¹². El precio de la renegación es también la depresión sin duelo, el dominio de la sensación por sobre la experiencia del afecto y la emoción, el empobrecimiento de la imaginación y los sentimientos de vacío.

La renegación tiene su origen en el no aceptar las pérdidas, el destete, el control de esfínteres, la separación de la madre, hasta el reconocimiento de la castración y la diferencia de los sexos. Si frente a la experiencia de la pérdida el sujeto responde con la renegación de su realidad, abrirá la posibilidad de construirse objetos fetiche que exigirán de él la repetición continua de esa renegación de la realidad, mediante formas compulsivas de repetición ya que en el lugar de una pérdida y de una falta estará necesitado de colocar siempre un objeto presente, cuya función principal es suturar esa falta y negar su pérdida.

La salud mental se sostiene mediante el investimento libidinal sobre sí mismo y sobre los otros de trato y sociedad, que forman parte de la misma economía psíquica. Actualmente existe tensión entre el individualismo y las exigencias de la realidad, y es allí donde se producen las patologías narcisistas ya que la realidad sólo es investida si ésta posibilita alguna forma de placer o satisfacción, estas patologías implican una perturbación específica del funcionamiento narcisístico.

No se trata de nuevas patologías sino de ciertos modos de respuesta de la subjetividad a su relación con una realidad que se ha tornado insoportable, y en que el narcisismo desempeña un rol central.

El problema de las personas con patologías narcisistas consiste en tener que asimilar algún aspecto de su realidad exterior que cuestiona o amenaza fuertemente su identidad o autoestima, sienten un riesgo deshacerse en la relación con los otros, de quedar indefensos y expuestos a una situación sobre la cual han perdido el dominio. La

reacción narcisista puede consistir en el desarrollo de una sensibilidad paranoide, la proyección de su furia al exterior, en el atontamiento por medio del alcohol o las drogas, pero sobre todo en su aislamiento, en su instalarse en un mundo propio donde debe cuidar que el otro no perturbe.

Concluye Galende, "en general no se trata de que hayan perdido las posibilidades de investimento libidinal del otro, sino que lo insoportable de la realidad que habitan los lleva a vivenciar a los otros también como parte de esta realidad insoportable. Creo que lo esencial de estas personas no consiste en que sean más narcisistas que otras sino que el funcionamiento libidinal de su narcisismo está perturbado, y esta perturbación obedece a situaciones existenciales actuales del individuo, que lo han llevado a vivenciar toda alteridad bajo un carácter traumático".¹³

ROJAS Y STERNBACH¹⁴ abordan lo psicopatológico desde sus conexiones con el actual espíritu de época. Comienzan preguntándose si las patologías que se presentan en la actualidad son nuevas o es que la escucha psicoanalítica se ha ampliado, incluyendo ahora padecimientos que antes no los consideraba de su incumbencia.

Si bien no se tratan de patologías nuevas, sí han cobrado un protagonismo importante en la sociedad, llevando a un replanteo en los dispositivos y modos de intervención, como "la inclusión del frente a frente en el trabajo analítico con pacientes para quienes no cabría la indicación del análisis de diván; la insuficiencia o inadecuación de la interpretación verbal metafórica basada en la asociación libre con pacientes que presentan un marcado déficit en la capacidad asociativa y de simbolización; el tipo de transferencia que se despliega en el trabajo analítico, diferente de la transferencia neurótica".¹⁵

Sostienen que cada discurso socio-cultural está regido por el mandato de adecuar a los sujetos al ideario vigente, por lo que cada época favorecería determinadas

¹² De un horizonte...Ob. cit. p 336

¹³ De un horizonte.. Ob. cit. p 349

¹⁴ Rojas, M. y Sternbach, S. Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad. Ed. Lugar, Bs. As., 1994.

¹⁵ Ibidem, p 128.

patologías que estarían asociadas a la sobreadaptación, y en tanto que esa forma de adaptación es la esperable en dicho contexto no se verían como patologías en sí.

Con respecto al prototipo sano posmoderno dicen: "... los ideales promueven hoy un ritmo hipomaniaco ligado a la abolición de todo conflicto, al éxito y la eficacia. Pragmático y veloz, poco sujetado a lazos y limitaciones de cualquier índole, el prototipo sano tendrá, como una de sus posibilidades, la búsqueda de la fama y el poder. Se le permitirá jerarquizar el interés propio aún en detrimento de los otros y también bordear situaciones transgresivas, las que pasan a formar parte de la llamada normalidad".¹⁶

Desde la psicopatología psicoanalítica estos rasgos estarían dentro de lo que se considera una modalidad perversa, ligada a la renegación de la castración.

Los ideales posmodernos privilegian la eficiencia y el éxito a cualquier precio, por lo que predispone a los individuos a formas masivas de desconocimiento de la legalidad, haciendo moneda corriente la transgresión y la corrupción, volviéndolas socialmente aceptables.

También la violencia cotidiana que se despliega en la forma de relacionarse con el otro se apoya en la valoración de cierta dosis de agresividad y competitividad necesarias para alcanzar el éxito. Hay un acostumbramiento a lo violento, tornándose banal cualquier escena de este tipo, pudiéndose hablar de cierta insensibilidad ante la muerte!

El prototipo sano de esta época estaría bajo el mandato de un Superyo que ordena el goce y el placer obligados, para estar a la altura de las expectativas de la cultura posmoderna. Además se promueven las tendencias adictivas para saturar permanentemente la carencia.

Las autoras consideran que las adicciones, las anorexias y las enfermedades psicosomáticas son las exponentes del malestar, posibilitadas por el llamado espíritu de época.

Adicciones. En lo que respecta a las adicciones, no es la novedad de la problemática sino el impacto de la difusión que hoy tienen lo que lleva a considerarlas como signo del malestar actual, y por la conexión que hay entre la lógica del consumo y el universo de las adicciones.

La sociedad de consumo promueve la idea de que adquirir y poseer objetos da plenitud, al saturar ilusoriamente lo imposible del deseo. Con la incorporación se reemplaza la elaboración. Parecen ser estrategias para escapar del temor al futuro: "abolido el deseo, sólo hay la irrupción urgente y fugaz del ambiente pulsional, la instantaneidad del flash".¹⁷ Representa también la posibilidad de escape de sentimientos de fracaso e impotencia, así como la tendencia a la evitación del dolor psíquico característica de esta época.

La publicidad difundida por los medios masivos de comunicación promueve esta lógica del consumo, mostrando objetos que ofrecerían al consumidor el ansiado goce que lleva a "ser".

Incluyen el aporte de J. Mc Douvall, quien propone a la sexualidad misma como una droga, al ser tomada como una solución adictiva cuando se busca una descarga sexual compulsiva. Cuando en los diferentes tipos de relación sexual es el acto y no el otro quien se inviste, se está en presencia de una "sexualidad adictiva". El otro sólo desempeña un papel secundario como sujeto, pasa a ser un objeto de consumo antes que un ser humano.

El drogadicto para huir del dolor y la elaboración psíquica (consigna de época) privilegia el dolor físico y el riesgo de muerte. La carencia de la droga lo enfrenta al padecer de la abstinencia provocada por el acostumbramiento físico, que se supera al volver a consumir. Pero no se confronta con su carencia de ser, y por lo tanto va renunciando a su subjetividad deseante. El imaginario social ayuda a favorecer el pasaje de la carencia al vacío, pues éste último puede ser llenado con nuevos objetos.

¹⁶ Ibidem, p 131 y 132

¹⁷ Entre dos siglos...Ob. cit., p 137

Anorexias. Aunque los primeros trabajos sobre esta patología datan de la Edad Media, es en la actualidad que cobra dimensión social junto a la bulimia nerviosa por estar cerca de ser considerada epidemias por la cantidad de individuos que la padecen.

La causa de esto se debe al ideal de belleza predominante que está ligado a una delgadez extrema. Esta ideal absoluto impone la denigración de lo diferente, la obesidad se considera una de las formas de la violencia de la cultura, al diluir la posibilidad de opción, y que las pautas estéticas y valores son relativas a cada época.

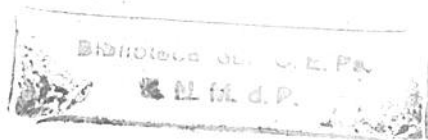
La delgadez está vinculada también a un rasgo particular de los grupos sociales privilegiados, con lo que al ser el ascenso socioeconómico un valor muy alto en esta cultura, se impone alcanzarlo con rapidez a cualquier precio.

La negativa a aceptar la provisión exterior para subsistir parecería contrastar con el mundo del consumo y la saturación que impone la obligatoriedad de consumir. Pero el rechazo de la oferta del entorno de las anoréxicas no es tal: "erigido en objeto ideal de la era del consumo, es ella misma finalmente quien se va consumiendo".¹⁸

Las enfermedades psicosomáticas. Las autoras se interrogan sobre las posibles conexiones entre psicopatología y facilitación cultural, al llamarles la atención el auge que tiene esta patología a pesar de los avances en la medicina y al lugar central que ocupa el cuerpo en las sociedades actuales. Los rasgos del prototipo sano de esta época tienen correlaciones con algunas de las problemáticas de los pacientes psicosomáticos: la relación distante con la propia emocionalidad, el pragmatismo externo y una relación con la corporeidad escindida del universo representacional. Desde este punto de vista, consideran a esta época facilitadora de esta patología.

Las enfermedades psicosomáticas se caracterizan por ser manifestaciones corporales que padecen los sujetos con poca conexión con su propia conflictiva psíquica y que apegados a la realidad exterior concreta, presentan déficit a nivel de la fantasmalización y la simbolización. Son rasgos de estos individuos el conformismo, el sometimiento a las reglas, sobreadaptación, y parecen ser excesivamente normales.

¹⁸ Entre dos siglos...Ob. cit. p 143



Muestran despreocupación y descompromiso emocional, en el hacer permanente buscan la desaparición del afecto.

Rojas y Sternbach toman la conceptualización de Sami- Ali, quien sostiene que se trataría de una patología de la adaptación, propia de personalidades que actúan conforme a las normas socioculturales, siendo los pacientes psicósomáticos los reproductores por excelencia de la cultura, sacrificando su capacidad de fantaseo y ensoñación, siendo el cuerpo el único reducto de la expresión de lo sofocado.

Las autoras concluyen diciendo que “la promoción social del cuerpo como envase sin interioridad, la valoración de la superficie y de la imagen, a la vez que la obturación inmediata del deseo a partir de la lógica del consumo, constituyen algunos de los actuales entrapamientos de la cultura posmoderna para tendencias sobreadaptativas presentes en todas las épocas. Pensamos entonces que, bajo las formas anteriormente descritas, la llamada era del vacío, en su banalización y aligeramiento de la vida subjetiva y relacional, podría facilitar la Expresión psicósomática, así como otras problemáticas que afectan la corporalidad.”¹⁹

Sostiene **KENNETH GERGEN**²⁰ que las nuevas tecnologías permiten mantener relaciones directas o indirectas con un número cada vez más grande de individuos, alcanzando lo que podría considerarse como un estado de “saturación social”. Esto pone en peligro todas nuestras premisas previas sobre el yo, transformando en extrañas las pautas tradicionales de relación, lo que sería equivalente a decir que se está creando una nueva cultura, que se está produciendo un cambio profundo en nuestro modo de comprender el yo.

La visión del yo en el siglo XIX era romántica, atribuyéndole a cada individuo rasgos de personalidad, tales como pasión, alma, creatividad, moral. Se establecían relaciones comprometidas. A comienzos del siglo XX, las principales características del yo no son una cuestión de intensidad sino una capacidad de raciocinio para desarrollar conceptos, opiniones e intenciones conscientes.

¹⁹ Entre dos siglos... Ob. cit. p 249

²⁰ Gergen, Kenneth. El yo saturado. Ed. Paidós, Bs As., 1991.

La saturación social en la posmodernidad proporciona una multiplicidad de lenguajes del yo. Esa fragmentación es consecuencia de la multiplicidad de relaciones humanas incoherentes y desconectadas. Las personas existen en un estado de construcción y reconstrucción permanente. Cada realidad del yo, cede paso al cuestionamiento reflexivo, la ironía y al ensayo de alguna realidad o modo de juego. Ya no hay un eje que la sostenga. Cada "verdad" es una construcción momentánea, válida sólo para una época o espacio de tiempo, determinada en la trama de ciertas relaciones.

La pérdida de esencias discernibles, la sensibilidad creciente ante el fenómeno de la reconstrucción social de la realidad, el desgaste de la autoridad, el descrédito de la coherencia racional y el surgimiento de una reflexión individual irónica, contribuyen al desmoronamiento del yo reconocible, y a la vez este desmoronamiento confirma dichas tendencias. Porque al ponerse en duda el sentido del yo como un conjunto singular y reconocible de esencias también se pone en duda la existencia de otras entidades delimitadas.

En la nueva conciencia posmoderna hay una colorización del ser propio que refleja la fusión de las identidades parciales por obra de la saturación social y está apareciendo un estado multifrénico en el que comienza a experimentarse el vértigo de la multiplicidad ilimitada. En la magnitud de este cambio cultural y en su segura intensificación hay que destacar el papel que han ejercido las nuevas tecnologías, que posibilitan una cantidad y variedad de relaciones humanas.

En esta expansión se destacan dos aspectos. Uno es la perseverancia del pasado. Antes el alejamiento de una persona implicaba una pérdida. Hoy, ni la distancia ni el tiempo constituyen un inconveniente para una relación. Pero a la vez que se preserva el pasado, se acelera el futuro, concretándose procesos cuyo desarrollo antes necesitaba meses o años.

La tecnología también modifica las relaciones preexistentes desplazando el vínculo cara a cara al vínculo electrónico, creando otro imaginario al no poder percibirlo directamente.

En este contexto de saturación social donde todas las relaciones son permanentemente interrumpidas, es más difícil que puedan normalizarse. No hay nadie

que pueda afianzarse en una costumbre rutinaria tranquilizadora, pues la persona y sus otros significativos están en permanente movimiento. Además aquellos a quienes interesan no pueden seguirlas de cerca. También aparecen otros factores vinculados a la fantasía y la fugacidad: se valorizan más las relaciones a distancia; la brevedad de los encuentros emocionales contribuye a su intensidad y como hay poco tiempo las demostraciones tienen que ser claras y elocuentes.

Hay una nueva pauta de conciencia de sí, que podría llamársela síndrome multifrénico, para designar la escisión del individuo en una multiplicidad de investiduras del yo. Este estado es producto de la colonización del yo y del afán de éste para sacar ventaja de las posibilidades que le ofrecen las tecnologías de la relación. Se va avanzando en una espiral cíclica hasta el estado de multifrenia; a medida que las posibilidades propias son ampliadas por la tecnología, se recurre cada vez más a ellas por la posibilidad de expresión que brindan, y a medida que se utilizan aumenta el repertorio de personalidades. Este estado multifrénico no es una enfermedad y puede suceder que en un futuro no tan lejano no haya diferencia entre este estado y la vida normal.

La multifrenia tiene tres dimensiones:

El vértigo de la valoración. La tecnología de la saturación social suprimió dos de los principales factores que se interponían en las relaciones: el tiempo y el espacio. Esta libertad en las relaciones, paradójicamente, ha dado origen a una esclavitud, pues cada persona impone una pero en dos ámbitos, el del "ser" y el del "ser las". En el primer caso a medida que se suman al yo los demás y sus deseos se vuelven nuestros, hay una ampliación de nuestras metas, requiriendo atención y esfuerzo que ocasiona frustración. Cada nuevo deseo plantea sus propias exigencias y reduce la libertad del individuo. Y existe también la pena del ser pues al desenvolverse las relaciones, sus partícipes quedan definidos por lo que hacen en cada circunstancia. Mantener la relación significa cumplir las definiciones tanto de uno mismo como del otro. La liberación se convierte entonces en una vertiginosa carrera llena de exigencias.

El ascenso de la insuficiencia. Lo que acosa al individuo con un dentimiento del deber es también la irrupción en la conciencia cotidiana de la duda sobre sí mismo, una

sutil sensación de insuficiencia, producto cultural de la colonización del yo y de la presencia de espectros sociales, ya que al incorporar a otros dentro de nuestro ser se amplía la gama de lo que consideramos bueno, correcto o ejemplar.

El receso de la racionalidad. La racionalidad depende de que se compartan ciertas opiniones, que cada uno haya incorporado los puntos de vista del otro, como consecuencia de la participación social. . Como cada relación aumenta la capacidad de discernimiento el individuo acarrea consigo una multiplicidad de expectativas, valores y opiniones antagónicas. La expansión de las tecnologías que han incrementado el contacto con los demás, sacan la adhesión a la objetividad, pues en la medida en que aumenta la gama de reacciones frente a una situación se vuelve más borrosa la "verdad". Para el posmoderno la vida se vuelve más expresiva y rica y si se suspenden las demandas de coherencia personal, de reconocimiento o de enfoque determinante, y simplemente se es dentro de un proceso en curso de relación con los demás.

La proliferación de la reflexividad posmoderna ha hecho de este relevamiento del ser un estilo de vida que se perpetúa. Al pasar de una perspectiva a otra, la objetividad del yo retrocede, y lo único que queda entonces es el perspectivismo, que es un producto no del individuo, sino de las comunidades, del entorno de individuo.

Al cuestionarse reiteradamente la coherencia racional, pierde atractivo la concepción tradicional de la identidad como algo establecido por una continuidad a lo largo del tiempo. También desaparece la personalidad como categoría discriminante. La conciencia de la construcción se vuelve reflexiva. Esta misma conciencia de la construcción del yo debe ser inevitablemente considerada una construcción, como debe serlo también la captación de este mismo proceso, sin que exista ningún fundamento último.

Las tentativas de autodefinirse parten inevitablemente de una perspectiva, y distintas perspectivas traen consigo diferentes implicaciones en el trato a un individuo. Es por ello que el interés por la identidad verdadera y por las características reales de las personas pueda ser reemplazado por la consideración de las perspectivas desde las que se establecen identidades o características. A medida que se va erosionando la idea del yo esencial, aumenta el aperecibimiento de las diferentes maneras en que se crea y se

recrea la identidad personal en las relaciones. Esta conciencia de la construcción no es súbita, sino que va penetrando lentamente y al matizar nuestra comprensión del yo y de las relaciones, el carácter de dicha conciencia sufre un cambio cualitativo.

Nos damos cuenta cada vez más que lo que somos no es el resultado de la "esencia personal", sino de cómo somos contruidos en diversos grupos sociales. Las etapas iniciales de esta conciencia dan lugar a un sentimiento de que el yo es un artista del fraude social que manipula imágenes para alcanzar determinados fines. En tanto la categoría del yo verdadero sigue desapareciendo, a la vez que se va adquiriendo una personalidad "pastiche", ternada del préstamo continuo de fragmentar de identidad de cualquier origen y adecuados a una situación determinado. Al disfrutar las enormes posibilidades de ser que brinda un mundo socialmente saturado, dejan de importar las coherencia y la contradicción con uno mismo. Y al desactivarse el distingo entre lo real y lo ficticio deja de ser inteligible el concepto de un yo individual.

El proceso de colonización del yo da como resultado la preparación para poder actuar en un mundo de incoherencias, donde todo vale. El individuo está preparado para mantener diversas conexiones e intervenir en variados contextos. Las tecnologías de la saturación social modelan un individualismo sin carácter, al mismo tiempo que insitan a la incoherencia. La tecnología y el estilo de vida se conectan en un estado de interdependencia simbólica. La primera ofrece oportunidades y cuando éstas se materializan, se advierte a la persona dependiente de la tecnología.

En el contexto de la saturación social es posible advertir por qué motivo la intimidad y el compromiso afectivo van desapareciendo de las relaciones personales. En la búsqueda de una intimidad comprometida el sujeto posmoderno enfrenta un llamativo contraste entre la búsqueda de un vínculo interior del ser y la dispersa multiplicidad del yo colonizado. Para el posmoderno complicidad social e identidad van de la mano; sin los otros el yo no existe. Al desaparecer el yo auténtico, queda montada la escena para la relación fraccionaria, construido en torno de un aspecto limitado del ser de cada uno. La misma tecnología que propende a la colonización del yo, facilita también el desarrollo de estas relaciones parciales. El individuo e libre de expresar un aspecto del imitado de sí, sin asumir responsabilidad por el resto ni por su coherencia o incongruencia.

La sofisticación en lo tocante a los temas de relación es lo que prepara la escena para el ser precario, es decir la capacidad de pasar a integrar de inmediato identidades o relaciones de la más diversificadas. En el ser precario perduran las formas tradicionales, pero en el mundo posmoderno, pueden ser arrancados de sus contextos habituales y ejercidas desde el tiempo y las circunstancias lo permitan.

Dos aspectos del ser precario pueden resaltarse, uno de índole personal y el otro social. El primero. El primero se relaciona con el concepto tradicional de carrera profesional. Tanto para los románticos como para los modernistas (siglos XIX y principios del XX, respectivamente) la carrera profesional era un empeño singular unificado, un objetivo o finalidad en torno del cual podía organizarse la vida. En ambos periodos tener una carrera era adquirir una identidad singular y reconocible. Con el surgimiento del ser precario ambas concepciones de la profesión retroceden. Todos son posibilidades abiertas y como en el posmodernismo no hay, pero el individuo es hoy una categoría construida, y como no hay un concepto de identidad profundo que fije una elección, no hay objetivo o finalidad en torno del cual pueda organizarse la vida.

En cuanto el aspecto social, gracias a los medios de comunicación y a su amplia cobertura de los diversos tipos de protesta, se aprende en qué consiste la participación de los movimientos que se empeñan en promover algún cambio; la agitación social no es asunto que dependa de las creencias internas, sino que es una forma más de actuación. A medida que se pone en evidencia el carácter construido de las identidades precarias, el yo pierde credibilidad como actor y con público. La vida diaria parece transformarse en un juego de falsificación superficial.

En la conciencia posmoderna fluye, por lo tanto, una atmósfera de continua ironía. Si todos los proyectos serios son objeto de sátira y lo único que puede hacerse es juzgar, generar contrasentidos o convertir los rituales en revueltas, entonces ser serio equivale a engañarse. El juego posmoderno tiene lugar en una relación simbiótica con la "cultura seria", si no hay otros que cumplan el papel de tontos o de necios el protagonista carece de oportunidad para destacarse. La desconstrucción irónica de todo discurso significativo destruye la red de interdependencias de la cual se sostiene la vida social.

A largo plazo las tecnologías que dieron origen a la saturación social serán ineludibles, y cuando se expandan y perfeccionen harán desaparecer las mentalidades tradicionales y sus pautas de vida correspondientes.

Cuesta imaginar que las tecnologías que dieron origen a la situación posmoderna se puedan dismantelar. Los recursos para que esto pueda suceder habría que buscarlos en el propio mundo de la tecnología. La alternativa en el ámbito humano estaría en la capacidad para organizarse en torno de finalidades significativas que se opongan a la disolución del yo y a las formas culturales asociadas a ésta. Pero las mismas tecnologías atentan contra las posibilidad de que estos recursos consoliden nuevas modalidades culturales de comprensión y de acción.

Por último, Gergen se refiere a las implicancias terapéuticas del posmodernismo. Las prácticas terapéuticas regidas por el romanticismo y el modernismo, situaban al terapeuta en el lugar de experto, evaluando al individuo y prescribiendo una terapia para aliviar su padecimiento. Con el posmodernismo, no sólo se pone en duda la pericia del terapeuta para tratar la enfermedad mental, sino que pierde credibilidad la propia realidad de un paciente cuya mente debería ser conocida y modificada. El individuo es considerado ahora como participante de múltiples relaciones y su problema es tal debido a la forma que es construido en algunas de esas relaciones. El papel del terapeuta es facilitar la reinterpretación del sistema de significados en el cual se sitúa dicho problema. Debe entablar un diálogo activo con los que sustentan la definición del problema, no en calidad de clarividente, sino como copartícipe en la construcción de nuevas realidades. El acento puede recaer en los nuevos argumentos y metáforas para la comprensión de la propia vida y para mejorar la capacidad de interpretar los significados.

JAIME LUTENBERG²¹ desde su experiencia clínica cotidiana se plantea algunas hipótesis para un nuevo tipo de problemática que aparece en los consultorios, y que se denomina vacío mental.

²¹ Lutenberg, Jaime. "El vacío mental. Una nueva dimensión teórica y clínica". Revista Zona europea, n° 44, Bs. As., [ca 1999]p 49 a 51

Sostiene que la cultura zapping en la que estamos inmersos provoca una búsqueda constante de "algo" que nunca llega y en un lugar que por lo general no es apropiado, produciéndose multifacéticos desencuentros. Esta búsqueda se originaría en la escisión existente entre el principio de placer y el de realidad, tornando ineficaces las neutralizaciones que las pulsiones de muerte, dando lugar al narcisismo de muerte (que aborda André Green).

Esta cultura zapping también impregna la práctica clínica, ya que cada vez son menos los pacientes dispuestos a un proceso de análisis de varios años, demandando soluciones rápidas (de ahí el auge de los psicofármacos y de las terapias alternativas).

Dice que el paradigma racionalista que imperó en la Modernidad intentaba, a través del pensamiento, ordenar el presente y anticipar el porvenir. Dentro de este paradigma nació el psicoanálisis. La posmodernidad rompió con esta tradición de pensar y reflexionar acerca de los problemas para encontrarles solución, provocando la crisis que vive el psicoanálisis hoy al exigirle respuestas mágicas urgentes.

Hay que diferenciar entre el vacío mental como sentimiento consciente y el vacío mental como estructura psíquica. EL primero corresponde a una vivencia de no tener nada adentro cuando la persona no puede reconocer como propio y auténtico lo que emerge de su interior. Si la vivencia es pasajera puede corresponder al pasaje de un momento evolutivo donde hay una ruptura del yo con el resto de su anterior estructura referencial.

En cuanto al vacío mental estructural corresponde a un sector escindido del yo que se ha separado de la evolución estructurante del aparato psíquico. El yo escindido en distintas modalidades estructurales permite el interjuego de las pulsiones de vida y de muerte que se van cristalizando condicionando y determinando la estructura psicológica del sujeto.

El vacío mental se presenta como una estructura primaria de base que, secundariamente la compensan otras estructuras psicopatológicas que la ocultan.

En la clínica no es posible encontrar el vacío mental en positivo, sino que hay que inferirlo por sus derivaciones. Una forma de encubrimiento son los vínculos simbióticos.

Este autor sustenta sus hipótesis del vacío mental en la teoría de la simbiosis originaria. A partir de esta simbiosis se produce todo el desarrollo individual, como una discriminación y diferenciación de ella. Siempre se conserva un vínculo simbiótico con el medio circundante. Cada vez que un individuo quiere discriminarse del medio se activa una vivencia de vacío que va a resultar tolerable o no, dependiendo de su estructura psíquica. Cuando el vínculo simbiótico es muy fuerte y la discriminación narcisista muy pobre, la vivencia de vacío se torna dramática, obligando al yo a una defensa extrema, solidificándose en una estructura psicopatológica pero puede ser neurótica, neurosexual, borderline o psicótica. Para las personalidades con significativos sectores vacíos en su trama mental, todo intento evolutivo de ser un individuo, de discriminarse de los vínculos simbióticos (padres, familia, endocultura) lo arrastra a una vivencia de temor, desestructuración que lo lleva a abortar tal proceso, pudiendo terminar en múltiples estructuras psicopatológicas

III CONCLUSIÓN:

Del mismo modo como en la época victoriana Freud presentó casos clínicos como "Katherina" que anudan en su sintomatología histérica el espíritu de toda esa época, hoy las actuales circunstancias histórico-sociales plantean demandas en salud mental que reflejan el espíritu de la posmodernidad.

En la actualidad, si bien los cuadros neuróticos clásicos siguen golpeando las puertas de los consultorios, se han agregado cuadros que implican nuevos desafíos a la labor clínica, tanto desde lo teórico como desde lo práctico esto plantea los límites del psicoanálisis, interroga acerca de esos límites.

Entre los nuevos cuadros se destacan: las anorexias y bulimias, las enfermedades psicosomáticas, y las adicciones, y en terreno estrictamente vincular las nuevas configuraciones de las parejas humanas, cuyos parámetros actuales no son los tradicionales.

El hecho de plantear estas "nuevas demandas" significa estrictamente no que antes no existieran sino que en la actualidad se presentan con mayor frecuencia, convirtiéndose en paradigmáticos de esta época, están entramados en la actual discursividad social, son protagonistas en la actual escena social.

Respecto a la relación entre el campo psicopatológico y lo social se puede afirmar que tales conexiones dan cuenta de una historicidad de las formaciones psicopatológicas que no invalida las raigambres estructurales universales propias del ser humano; lo estructural universal, el inconciente, el Edipo, los lapsus, los sueños, el síntoma, etc., conforman una subjetividad que trasciende a cualquier cambio social o histórico. Lo que no es ajeno a tales cambios es la manera de desplegrase de esas formaciones subjetivas, ya que éstas no son ajenas a los códigos culturales si bien el síntoma constituye una formación de compromiso universal, también es una apelación al otro y se formula dentro de los códigos sociales compartidos; el síntoma como significante se sitúa dentro del campo de la cultura, que deberá reconocerlo como tal. Es así como ciertas patologías que predominan en la actualidad y que tienen que ver con el cuerpo en su dimensión no significante también se insertan en un mundo que deberá darles alguna significación.

Este planteo pretende dar cuenta de la estrecha vinculación entre patología y cultura.

Como toda época, la posmodernidad sostiene un ideario al cual los sujetos deben adecuarse, tal situación favorece el surgimiento de patologías asociadas a la sobreadaptación, es decir la adecuación acrítica y absoluta a los modelos culturales dominantes. Así se da el fenómeno de que tales patologías no son reconocidas como tales por el modelo dominante porque son lo esperable para la época y el lugar, el prototipo "sano" de la época. Las características de tal prototipo sano de la posmodernidad, desde una postura psicoanalítica, representan una modalidad perversa. Los rasgos esperables del prototipo posmoderno tienen que ver con ideales que promueven hoy un ritmo hipomaniaco ligado a la abolición de todo conflicto, al éxito y la eficacia, al pragmatismo, poco sujetado a lazos y limitaciones de cualquier índole, a la búsqueda de la fama y el poder. También se le permitirá al sujeto jerarquizar el interés propio aún en detrimento de los otros y también bordear situaciones transgresivas, las que pasan a formar parte de la normalidad.

Pensando psicoanalíticamente ésta sería una modalidad perversa, que tiene que ver con la renegación de la castración, que ha alcanzado cierto consenso social y refleja el prototipo sano de la posmodernidad.

Inclusive algunas formas de corrupción se consideran socialmente aceptables llevando el ideario de la época al extremo, en un contexto donde el pragmatismo es continuador antitético de la caída de las utopías modernas e ideales que apuntaban a enfatizar la solidaridad a partir de los lazos sociales y la proyección de un accionar bajo el imperativo de la ética y las normas sociales. Hoy bajo el signo del pragmatismo y el fin de las ideologías se abren espacios para que en ocasiones surjan formas masivas de desconocimiento de la legalidad. El fenómeno de la transgresión, su generalización encarnada bajo las diversas formas de corrupción expresan un fuerte trastorno de la legalidad simbólica que repercute sobre las bases mismas del contrato narcisista entre el sujeto y la cultura.

Considerando que el psicoanálisis es uno de los grandes discursos de la modernidad cabría preguntarse si la renegación y el narcisismo negativo predominantes en los rasgos subjetivos posmodernos que aquél denuncia constituyen modalidades

patológicas o si simplemente son una nueva forma de adaptarse al espíritu de la época posmoderna.

BIBLIOGRAFÍA

- ◆ Freud, Sigmund. El malestar en la cultura. Obras completas, tomo XXI. Amorrortu
- ◆ Galende, Emiliano. De un horizonte incierto. Ed. Paidós, Bs. As., 1997
- ◆ Gergen, Kenneth. El yo saturado. Ed. Paidós, Bs.As., 1991
- ◆ Lipovetsky, Gilles. La era del vacío. Ed. Anagrama, Barcelona, 1986
- ◆ Lutemberg, Jaime. "El vacío mental. Una nueva dimensión teórica y clínica".
Revista Zona Erógena, número 44, Bs. As., [ca. 1999], p. 49 a 51.
- ◆ Rojas María Cristina y Sternbach, Susana. Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad. Ed. Lugar, Bs. As., 1994.

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	Página 2.
DESARROLLO	
FREUD.....	Página 3.
GALENDE.....	Página 5.
ROJAS Y STERNBACH.....	Página 17.
GERGEN.....	Página 21.
LUTENBERG.....	Página 28.
CONCLUSIÓN.....	Página 30.
BIBLIOGRAFÍA.....	Página 33.